

despedirme de mi afición más honda: de París, al que no desespere de volver en días mejores, cuando haya rescatado mis bienes y pueda gozar de todo lo que ofrece la maravillosa ciudad á los que tienen dinero y saben gastarlo.



## TERCERA PARTE

### CAPITULO PRIMERO

En la Habana

**D**ICIEMBRE de 1861. Estoy aquí desde el día de Nochebuena, pero me encuentro como si me hubieran metido en un pozo: careciendo de noticias y sin saber si acontece algo por México. A la hora de esta, la capital debe de hallarse en poder de los españoles, que están en el país desde principios del mes pasado, y es seguro que poco quedará que hacer á las fuerzas coligadas, que salen mañana para Veracruz. En cuanto á los emigrados, puedo dar algunas noticias, pues todas ellas valen la pena. Junta ó sucesivamente han ido llegando el padre Miranda, á quien Gutiérrez Estrada señala como director de la parte política de la expedición; Haro y Tamariz, el general Miramón y el general



Santa Anna, que dejó su retiro de San Thomas para darse el gustazo de desear éxito á los que vamos rumbo á México.

Almonte, Hidalgo y Gutiérrez Estrada, deben de estar á la hora de esta en Miramar, á donde fueron á solicitar la venia de Maximiliano para partirse á estas regiones y para arreglar la casa á fin de que se reciba dignamente á la futura Majestad. Pamuceno ha tenido otra labor: emprender viajes á Madrid para preparar un discurso sonadísimo que ha de decir en las Cortes el cojito Pacheco, ex embajador de S. M. C., que salió de México á espetaperros, expulsado por Juárez y su gente... ¡A ver qué sale de esos privilegiados caletres! Gutiérrez se aprovechará de la vecindad de Froshdorff á Viena, para lograr que Monseñor el duque de Chambord arrime el ascua á nuestra sardina.

Ayer me encontré con Miramón, que desde luego me reconoció y vino á hablarme con suma cordialidad. El hombre tiene la cabeza convertida en una olla de grillos y no sabe qué hacer, ni á qué partido inclinarse, pues todos le parecen detestables.

— He estado, me decía, en Madrid, en Nueva York, en París, en todas partes, y todavía no hallo mi camino. En España me trataron con suma amabilidad; nada menos la Reina me recibió con gran benevolencia y me inclinó á unirme á los que se aprestan á defender en México los inte-

reses de la sociedad. El Emperador Napoleón me alentó para que emprendiera la campaña con sus tropas... Pero no sé qué hay en mí que me dice que no debo hacer eso, que no debo cooperar á que mi patria quede para siempre sujeta á poderes extraños.

— Mas no puede usted, señor General, abrigar ese escrúpulo; demasiado sabe usted que la primera cláusula de los convenios de Londres, consiste en que no tratarán las potencias de acrecentar sus territorios, ni de imponer á México forma determinada de gobierno: el principio de la nacionalidad está salvado.

— ¡Ay, amiga mía! repuso Miramón, torciendo el gesto, como si le acercaran á las narices algo inmundo. ¡Cuán tonto será el que no vea por tela de cedazo! Esa cláusula y todas las demás cláusulas de que le hablen, no son más que agua de cerrajas, polvo que nos arrojan á los ojos para cegarnos y que no veamos la que se prepara; puede usted estar segura de que México caerá para no levantarse, ó que ha de costar mucho trabajo ponerle nuevamente en franquía. ¡Estamos perdidos, enteramente perdidos; perdidos sin remedio!

— Pues si eso cree usted, General, contesté violentamente, no le queda otro remedio que ofrecer su espada á Juárez y á los demócratas, conforme nos lo decía en París.

— Así lo haría, dijo con desconsuelo, tirándose los



pelos de la barba; mas ¿voy á combatir yo, soldado decente y hombre honrado, cerca de Carbajal y de Pueblita? Y luego, debe saber usted que se acaba de expedir en México un decreto de amnistía perdonando á todos los que hayan tomado parte en la guerra pasada, exceptuándose sólo á mí y á unos cuantos jefes. Todavía, figurándome que pudiera haber alguna lenidad si se tomaban en cuenta mis buenos propósitos, encargué á don Luis Maneyro, cónsul mexicano en Burdeos, que investigara el parecer de Juárez. La respuesta fué contraria á mis intenciones, y no me queda más que formar con mis viejos amigos, con mis compañeros de luchas pasadas, un tercer partido que batalle con tesón por salvar á la patria.

— U ofrecer sus servicios á los extranjeros si cumplen lo que ofrecen.

— No lo cumplirán, exclamó Miguel con vehemencia: conozco demasiado á los españoles y sé la que traman. En fin, dijo después de un buen espacio en que pareció realizar una rápida introinspección, el tiempo dirá; Dios dirá.

Cuando la conversación tomaba un cariz lúgubre llegó don Antonio de Haro, el gran conspirador que está aquí por ver si pesca algo á río revuelto.

— Miguel, dijo ufano, ¿qué hablas con la señora? No parece sino que recitas un parlamento del último drama terrorífico representado en la Porte Saint-Martin.

Le dijimos lo que charlábamos, y él, con muy buena sombra, habló de esta manera:

— ¡Vive Dios, Miguel, que estás en lo justo! Mientras no tuvimos más que nuestras disputas intestinas, todo marchó bien: unas veces unos, y otros otras veces, entrá-



Las ranas pidiendo rey. (Copia de una caricatura de la época)

bamos por turno casi pacífico á disfrutar de la breva gubernamental; en adelante no podrá ser lo mismo, porque tendremos, como en los cuentos de niños, una mano que nos golpee á la hora que pretendamos coger las tetas de la *res-pública*, diciéndonos: *tate, que es para mi señor el príncipe...* Nos pasará lo que á aquella señora á quien su marido invitaba á tomar pollos y que luego,



con un gran palo en la mano, la conminaba gritándole:  
*¡Cuidado si los catas!*

El caso de México estaba previsto en aquella fábula que el Arcipreste de Hita imitó de Esopo, Pilpay ó no sé qué fabulista:

Las ranas cantaban y jugaban en un lago, cuando, aconsejadas sin duda por el diablo, pidieron á don Júpiter un rey. Envióles el padre de los dioses una viga de lagar, algo así como un Arista ó un Herrera... Las muy pícaras empezaron á hacer burla del poste, y considerándose deshonradas solicitaron otro monarca. Júpiter les mandó una cigüeña (un Santa Anna, un Comonfort, un Miramón ó un Juárez) que se comía á las ranas de dos en dos... No te ofendas, que yo fuí de las ranas que se rieron del madero y solicitaron la *cigüenna mancilera*; pero ahora ya no se trata de cigüeñas, sino de culebrones que nos van á dejar sin cara en que persignarnos. El fabulista nos regaña por anticipado:

Quien tiene lo que él cumple, con éllo sea pagado,  
Quien puede ser suyo, non sea enajenado;  
El que non toviera premio, non quiera ser premiado,  
Libertad é soltura non es por oro comprado.

Diciembre 25. Al fin ha habido noticia de la expedición española: el general Rubalcaba, ó Rubalcoaba, como



D. Juan Prim